

nuestra propia carne (1), ¡oh viva esperanza! y estos nuestros mismos ojos han de contemplar tu hermosura. Tus manos llagadas, tus pies heridos, y tu costado abierto, arrojarán centellas abrasadoras sobre los proscritos; y á nosotros nos pondrás á tu derecha, llamándonos benditos de tu Padre. Y, ¡oh felicidad! subiremos contigo á las alturas, y contigo ¡Dios mio! entraremos victoriosos en el cielo; en el reino que nos preparastes desde el principio del mundo (2); en el reino que nos conquistastes con tu sangre, y allí reinaremos contigo, flotando en los océanos infinitos de tu amor, y bendiciendo, sin descanso, tu misericordia.

HABE SPES REPOSITA EST IN SINU MEO.

(1) Job, XIX, 25.

(2) S. Matt., c. XXVI, v. 29.

SERMON

DE

LA CRUCIFIXION DEL SEÑOR

PREDICADO EN LEON

POR EL

SR. PBRO. D. RAMON VALLE.

Elevabitur super colles et fluent ad eum omnes gentes.

Y se elevará sobre los collados y correrán á él todas las gentes.

Isaí, II, 2.

Debiera bastar, católicos, que el sacerdote en este día reuniera á su alrededor al pueblo fiel y que extendiera la mano, y señalando á Jesus crucificado, dijera una sola palabra: Mirad y aprended: *Fao secundum exemplar*.

¿Qué cuadro y qué lección! El que quiere es Dios mismo, lo que enseña es la cruz, y nuestras almas lo contemplan, no á la luz del sol material, sino con la lumbre de la fe impresa en ella desde el solemne momento del bautismo.

¿Qué palabra pudiera ser bastante para expresar lo que en todo esto se contiene? Ideas celestes que viven en la tierra como con su propia vida; sentimientos sobrena-

turales que florecen en la naturaleza de los antes débiles mortales; algo divino que se verá como propio del hombre; un todo inmenso que nos envuelve en el tiempo y en la eternidad.

¿Qué palabras bastarán? ¡Ah, hermanos míos, quién pudiera recoger estas expresiones ya salidas de mis labios! No me acordaba sino de mi propia pequeñez, cuando todos nosotros, y yo el primero, debiéramos olvidarnos de mí, porque lo que estais oyendo es la palabra de Dios.

No solo la fe es del oído, *fides ex auditu*, también la esperanza, también la caridad nos vienen de la palabra eterna, y al tomar esta espada, como la llama San Agustín, predicaré esta palabra para vosotros y para mí.

Y aunque no será posible en estos breves momentos desarrollar sino una mínima parte de lo que se contiene con la vista de Jesús crucificado, diré á mi alma: Mira y aprende, os diré que aprendais de lo que veis, y contemplando lo que sufrió el Señor, consideremos lo que todavía sufre; recordando la irrisión de que fué objeto, lloraremos las irrisiones que hoy padece; sabiendo que vuestras culpas fueron causa de sus padecimientos, confesaremos que ellas son la causa de sus penas actuales. *Hoc volo genere*, os diré con San Agustín. *Tempus gemen- di est, tempus flendi, tempus confitendi*: tiempo de llamar con gritos la divina clemencia, la bondadosa misericordia, la bondad divina tan amante de perdon.

Esta es, católicos, la primera idea que viene á mi mente al contemplar á nuestro Dios crucificado. Jesucristo padece todavía, padece por culpa nuestra, y en vista de esto ¿qué deberemos hacer?

Hé aquí, hermanos míos, el sencillo plan que extenderé á vuestra vista. No esperéis un discurso, sino más bien una meditacion; quiero huir los adornos académicos; no oireis de mí sino un gemido que irá á buscar vuestros gemidos, un pensamiento que irá á pedir la simpatía de los vuestros. Yo confío en que Dios moverá mis labios y mo-

verá vuestros corazones, ó más bien, moverá al unisono nuestros corazones todos. Es lo que pido y os invito á pedir, llegando al trono de la Divinidad, como niños conducidos por la mano de su Madre.—AVE MARIA.

Micheas é Isaías juntamente, y casi con las mismas palabras, anunciaron que al ser elevado Jesucristo sobre las colinas, al ser suspendido entre el cielo y la tierra, atraeria á sí á todas las gentes, que correrian hácia él como las aguas por el cauce abierto conocido. *Elevabitur super colles et fluent ad eum omnes gentes*.

¡Oh santos profetas, si permitido me fuera desmentiros! ¿Por qué allí veo al justo, al santo, al Omnipotente, elevado sobre los montes, y los individuos y los pueblos no corren á él y no se le acercan? ¡Ay! no solo no se le acercan, sino que le huyen, y hoy más que nunca pueblos é individuos dicen como en otros tiempos: No queremos que éste reine sobre nosotros. *Nolumus hunc regnam super nos*.

Hoy, como en la última parascève, la cruz está en medio de la tierra. Hoy, como siempre, al rededor del Calvario se agita la humanidad. Hoy presenta el mundo el mismo aspecto que la Jerusalem de la tierra el día de la muerte del Señor. Los unos, como los discípulos, se esconden para llorar; otros, como los que iban á Emaus, han perdido la esperanza: almas fieles le siguen compartiendo sus afrentas. Unos lo niegan como Pedro y tornan á él arrepentidos; otros le crucifican como el centurion y despues se hieren públicamente el pecho y lo confiesan como al Hijo de Dios. Los que se llaman sábios lo blasfeman; los que lo temen lo niegan. Los hidrópicos de placeres piden que baje de la cruz para creer en él. Los desesperados añaden que salvó á otros, pero que él no se puede salvar. Quien le pide que se acuerde de él cuando

se encuentre en su reino; quien se abraza de la cruz como Magdalena; quien se lava las manos en la muerte del justo. Buenos y malos, fieles y blasfemos, todos tienen la vista fija en el Calvario. Hoy en el mundo, como ayer en Sion, no tiene indiferentes Jesucristo.

¡Ah! perdon, santos profetas; perdon, porque no comprendí vuestras palabras. Yo veo, yo veo como todos, individuos y pueblos, corren á él con la impetuosidad con que corre el agua, al verlo levantado sobre las aguas. *Elevabitur super colles et fluent ad eum omnes gentes.*

Aun los que le huyen van atraídos á él, porque se arrojan en la ira. No se puede huir del Dios bondadoso sin dar en las manos del Dios vengador.

Manifestemos, pues, lo que nos enseña Jesucristo crucificado, os diré con San Gregorio Nacianceno: *Ostendamus quid Christus nos erudiat* (1), y lo que no quiso Dios callar en las Escrituras, añadiré con San Agustín, no ha de ser callado por nosotros, y vosotros lo habeis de oír. *Quo taceri Deus noluit per Scripturas, nec à nobis tacendum est, et à vobis audiendum* (2).

¡Dios mío, Dios mío! clamaba Jesucristo en la cruz, ¿por qué me has abandonado? Y ¿qué significa esta queja, pregunta el mismo San Agustín, si Dios no pudo dejarlo puesto que él mismo es Dios? *Non enim derelinquerat illum Deus, cum ipse esset Deus.* ¡Ah, se responde, el Verbo se hizo carne y el Verbo es Dios, pero nosotros estábamos en él y esta queja es por nosotros. Clamar á Dios como á su cuerpo hubiera sido abandonarlo, porque su cuerpo es la Iglesia. *Quare dicitur, nisi quia nos ibi eramus, nisi quia corpus Christo Ecclesia?*

¿Pues cuándo con más razon que en nuestros tiempos, hermanos míos, podremos los que formamos la Congregación de los fieles, levantar nuestras oraciones quejándonos del aparente abandono de Dios? El Señor duerme, como dormía en la barca de Pedro, y la tempestad ruge

(1) Orat. 4.—advers. Julian.

(2) Enarrat. in Psalm. 2, n. 1.

á su alrededor y las olas amenazan destruirla y hacerla desaparecer. El Vicario de Cristo está cautivo, las naciones todas han desertado del cristianismo. Los códigos, las leyes, las costumbres han corrido hácia el Calvario, gritando: “No queremos que éste reine sobre nosotros.” El mismo Señor ya no parece públicamente. Yo no sé si decir que es la pasión de Jesucristo prolongada en los siglos ó es de nuevo una pasión que nuestro siglo le impone.

Pero que, ¿no sabemos que resucitando de entre los muertos ya no muere, ya no padece, ya la muerte no lo dominará? *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur et mors illi ultra non dominabitur?* (1) Sí, estas son las palabras del Apóstol; pero hoy estamos presenciando la pasión de Jesucristo, no de la cabeza, sino de los miembros, la pasión de su cuerpo místico en nombre del cual clamaba: “¡Padre, si es posible pase de mí este cáliz!” en nombre del cual se quejaba del abandono del Padre.

Los que hemos sido justificados por la fe; los que, aunque en vasos frágiles, conservamos intacto el depósito sagrado; los que no podemos confundirnos con los hijos de este siglo, padecemos con Cristo que padece, sufrimos con Jesucristo que sufre, y en silencio, en el interior de nuestros hogares, y juntamente en nuestras solemnidades santas, lloramos nuestros males y pedimos á Dios nuestro remedio. Y clamamos de día, diré con el Profeta, y no somos oídos; y clamamos de noche y no somos escuchados. Y ciertamente que no por culpa de Jesucristo. *Clamavi ad te per diem et non exaudies; et nocte non ad insipientiam mihi!*

¿Y no podrá, hermanos míos, no podrá quejarse la Santa Iglesia de otro abandono, del culpable abandono de los hijos? No pueden hoy, Cristo y su esposa, repetir que los que los odian, los que los abandonan se han multiplicado más que los cabellos de la cabeza del hombre y que se

[1] Rom., VI, 9.

han hecho fuertes los perseguidores? *Multiplicati sunt super capillis capitis mei qui oderunt me gratis. Confortati sunt qui persecuti sunt me inimici mei iniusti?*

¡Y si solamente de los impíos pudiera decirse esto! Pero ¿no abundan los católicos cabardes que por respetos humanos se avergüenzan de Jesucristo y su Iglesia, y se muestran tímidos ante las burlas de los enemigos y no salen á la defensa de su Madre cuando la miran escarnecida y vilipendiada?

Y ¡cuántos hombres celosos, llenos de fe y arrebatados por su piedad, encuentran los primeros obstáculos en sus mismos hermanos, de quienes debían esperar aliento y protección y solo reciben desengaños! ¡Cuántos de estos pudieran decir: *Propter te sustinui opprobium, extraneus factus sum fratribus meis et peregrinus lius matris mee?*

¡Qué cobardía en resistir á las impiedades! ¡Qué cobardía en resistir á las concupiscencias! ¡Qué cobardía en no seguir á Jesucristo, allí en el Calvario, donde está! El siglo que se llama de las luces es arraido á la cruz para llamarla locura, y se declara contra Dios y contra su Cristo. *Adversus Deus et adversus Christum ejus.* Cierran los ojos á la luz sobrenatural, se retuercen de ira contra la influencia salvadora de la Iglesia, y como aquella mujer de que habla el Evangelio, solo miran la tierra y no pueden volver los ojos hácia el cielo. ¡Ah! el siglo será de todas las luces que se quiera, pero no de la luz de la fe.

El cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, está hoy de nuevo crucificado. Los príncipes, como toros recios y bravos, la cercan y la hostilizan. Los pueblos, como becerros indómitos y furiosos, siguen á los que van delante y ha llegado á ser el desecho de la plebe; el opprobio de todos los hombres. *Circumderunt me vituli multi, taurus pinguis obsederunt me. Sum opprobrium hominis et abjectio plebis.*

Aquellos improperios que oyó Jesucristo el día de su pasión, los escucha hoy la Iglesia; aquellas penas son las suyas, aquellas quejas hoy las repite, y hoy, como entonces, se hacen las tinieblas sobre la tierra. *Tenebræ factæ*

sunt super universam terram. (1). Las tinieblas cubren los entendimientos; la ignorancia, sentada en la cátedra pesifilencial, toma el nombre de ciencia; los blasfemos, los que ignoran, se llaman filósofos; los que retroceden más allá del Calvario, se llaman progresistas; y los pueblos entregados á la desmoralización, y los gobiernos entregados á la masonería, y los individuos entregados al pecado, rugen contra la Iglesia, abriendo su boca como leones robadores y rugientes. *Aperuerunt super me os suum sicut leo rapiens et rugens.* Oigamos su rugido, dice San Agustín, oigámoslo cuando gritan: Sea crucificado. *Audiamus rugitum ipsorum in Evangelio: Crucifige, crucifige.*

Oigamos su rugido al rededor de nosotros, diré yo ahora. ¡Sea despojada la Iglesia, sea calumniada, sea perseguida, sea crucificada! Perros rabiosos la cercan, y la tienen sitiada una turba de peligros. *Circumderunt me canes multi; consilium malignantium obsedit me.*

Hoy Jerusalem es toda la tierra antes cristiana, y de entre el tumulto podemos ver á la Iglesia llevada ante el tribunal de los reyes y de los conquistadores, de Herodes á Pilatos, y arrastrada ante los tribunales del pueblo, maltratada en las calles y en las plazas; la han hecho subir el camino de la amargura, la han conducido hasta el Gólgota, han contado todos sus huesos, se repartieron entre sí sus riquezas y hasta sus vestiduras, y jugaron entre sí hasta su más pequeño bien. *Dirumeraverunt omnia osse me, dividerunt sibi vestimenta mea, super vesta mea miserunt sortem.*

¡Oh católicos! El corazón de la Iglesia, como el sagrado Corazón de Jesús, está lleno de amarguras, está como una cera que se derrite en medio de sus entrañas. *Cor meum tamquam ceram liquecens in medio ventris mei.*

¡Oh Señor, no dilates tu socorro! *Tu autem, Domine, ne elogaveris auxilium tuum á me.* Libra de la tribulación á tu única Iglesia de aquellos que, como perros, la cer-

(1) Matt., c. XXVII, v. 45.

can. En tí esperaron nuestros padres; esperaron en tí y tú los libraste; á tí clamaron y fueron puestos en salvo; confiaron en tí y no tuvieron porque arrepentirse. *In te speraverunt patris nostris; spera verut et non sunt confusi.* Clamad, clamad sin cesar, os diré con el profeta Jeremias: *Clama ne cesses.*

La oracion hará á Dios dulce violencia y hará cesar los males y triunfará la Iglesia. Si, triunfará, lo sabemos, como triunfó Jesucristo y como él triunfará por medio de la misma cruz. A Dios se dirigirán sus cánticos; los pobres comerán y quedarán saciados los que buscan al Señor; le cantarán alabanzas; sus corazones vivirán por los siglos de los siglos.

Se acordará de los beneficios recibidos y se convertirá al Señor toda la extension de la tierra. *Remiscentur et convertentur ad Dominum universi nes terra,* y se poststrarán ante su acatamiento las familias todas de los justos, porque del Señor es el reino y él ha de tener el imperio de las naciones. *Quoniam Domini est regnum et ipse dominabitur terram.*

¿Y qué debemos hacer nosotros, católicos, para apresurar este triunfo? ¿Acaso de Dios solo será esta obra? No os seduzcais pensándolo así. Dios quiere compartir con nosotros su victoria, y más aun, no quiere triunfar si nosotros no triunfamos.

Como Jesucristo triunfó por los sufrimientos, por los sufrimientos hemos de triunfar tambien nosotros. “Pues que estamos justificados por la fe (1), mantengamos la paz con Dios mediante nuestro Señor Jesucristo, por el cual asimismo tenemos cabida en esta gracia en la cual permaneceremos firmes, y nos gloriaremos esperando la gloria de los hijos de Dios.

“Ni nos gloriamos solamente en esto, sino en las tribulaciones, sabiendo que la tribulacion ejercita la paciencia, la paciencia sirve á la prueba y la prueba pro-

(1) Ad. Rom., c. V.

“duce la esperanza, esperanza que no será defraudada, porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espirita Santo que se nos ha dado.” *Justificati ex de psem, habeamus ad Deum... Spes autem non confundit quia charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritus Sanctus qui datus est nobis.*

Si no queremos sufrir, si huimos la cruz, en vano nos llamaremos cristianos. La insignia y señal del cristiano es la Santa Cruz, y debemos tenerla en la frente, para confesar la fe delante de los hombres; sobre los labios para confesarla; para sufrirlo todo debemos tenerla en el corazon, porque debemos amarla.

¿No somos discípulos del Crucificado? ¿No somos hijos de María? La Inmaculada no huye la Cruz; la sigue, la busca y de pié permanece junto á ella. *Stabat juxta Crucem.*

¡Ah, hermanos míos! Jesús y María nos comprometen desde el Calvario. Huir el dolor, buscar el placer, aborrecer la penitencia y las lágrimas, temblar ante el sufrimiento, es hacer imposible la paciencia, y la paciencia, ya lo habeis oído, es la que por medio de la prueba puede darnos la esperanza. *Patientia autem probationem, probatio vero spes.*

Si queréis que Jesucristo reine en el universo, es preciso primero que trabajéis para que reine en la familia y en cada uno de los individuos. Nosotros mismos somos los encargados de preparar su reino.

Llorad, sí, sobre Jesucristo crucificado, llorad sobre la Iglesia crucificada; pero más bien llorad sobre vosotros y sobre los hijos de vuestras ciudades.

¿La cruz y los sufrimientos de Jesucristo no fueron por nuestra culpa? Pues lloremos, no por él, sino por las culpas nuestras. Y la pasion de la Iglesia, no es tambien á causa de nuestras iniquidades? Cuando el arca santa de la alianza fué presa de los filisteos ¿no fué ésto en castigo de los pecados del pueblo?

Rómpanse nuestros corazones con la contricion, hieran

nuestros pechos los golpes de la penitencia y desarmarémos á la justicia que hoy solo descarga sobre la esposa, como antes descargaba sobre el esposo de los cantares.

Reine Dios en vosotros y reine por su cruz. Si queremos que Dios venza, que nos venza primero á nosotros. Si realmente queremos verle libre de sus enemigos, libre nos antes nuestra alma de los enemigos suyos. Preparemos el triunfo haciendo que la cruz triunfe de nuestras pasiones; y que esta solemnidad anual de Jesus crucificado sea la solemnidad de la cruz de cada uno de nosotros, para amarla más, para unirnos más con ella. Aunque yo esté más manchado que vosotros, soy sin embargo la voz que clama: Preparad los caminos del Señor.

Cristo ya no sufre, Cristo ya no muere. Pero no olvidemos con San Agustin, no olvidemos nunca lo que padeció una vez, recordémosle cada año para que en todo él no volvamos á olvidarlo. *Ne obliviscamur quod factum est semel. In memoria nostra omni anno sit* (1).

Tambien la Iglesia resucitará, es decir, triunfará de sus enemigos; pero nosotros asistimos en nuestros infelices tiempos á su pasion.

Tambien resucitarémos nosotros, pero hoy lloremos nuestros pecados, causa de la pasion de Jesucristo, causa de la pasion de la Iglesia. De modo, hermanos míos, que debemos llorar primero por nuestro Dios, porque esta solemnidad nos recuerda sus dolores, ó para valerme de las palabras de un santo Padre (2), nos está representando lo que pasó en otro tiempo; y esto nos hace mover como si viéramos á Jesucristo pendiente de la cruz. *Et sic nos facit moveri tamquam videamus in cruce pendentem Dominum.*

Debemos llorar tambien por la Iglesia "y ésto debo gemir con vosotros. Es tiempo de llorar: *Hoc volo gemire vobiscum. Tempus est lugendi.* Es tiempo de gemir, "es tiempo de llorar, es tiempo de confesar. *Tempus ge-*

(1) Ennarrat in psalm.

(2) Id.

"menti est, tempus flendi, tempus confitendi et deprecandi.
 "¿Quién de nosotros es merecedor de llorar por tanto dolor? *Et quis nostrum est idoneus ad effundendas lacrimas pro dignitate doloris tanti?* Pero así como el Profeta deberemos exclamar: ¿Quién dará agua á mi cabeza y á mis ojos una fuente de lágrimas? Y en verdad "que si hubiera en nuestros ojos una fuente perfecta de llanto, ni eso debería bastar." *Si vere fons lacrimarum esset in oculis nostris, nec ipse sufficeret.*

Y tambien debemos llorar por nosotros mismos, y con mayor dolor que nunca, segun lo mandado por el Salvador en el camino del Calvario. Que esta fiesta sea de santificacion y de penitencia y este dia de llanto y de dolor. Todo aquel, os diré con la sagrada Escritura, que no se aflige en este dia, no será digno de contarse entre el pueblo fiel, y tal vez perecerá. *Omnis anima que afflicta non fuerit die hac, peribit de populis meis* (1).

¡Oh Dios mio crucificado, salva á tu Iglesia! Salva á sus hijos y tus hijos. *Salva nos, perimus!* y nosotros, católicos, justificados por la fe, mantengamos la paz con Dios, que es lo que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo.—AMEN.

(1) Levitic, XXIII, 29.